



liberal Madrid 1-VII 1923

Ante los dos grandes problemas

Los que sentimos la dignidad trágica, la dignidad de la tragedia en general, sentimos profundamente doloridos y avergonzados por las cosas que están pasando en nuestra patria. Sufrimos tanto o más que nuestro sentimiento moral, el estético. Nos duele, y mucho, el régimen de arbitrariedad, de injusticia y de violencia; pero nos duele tanto, acaso más, las formas que reviste y la calidad de sus ministros y oficiales. Y nos refugiarnos en la contemplación de la historia pasada para aliviarnos el ánimo a la vista de grandes tiranos o tiranuelos, de opresores que mercean el escenario trágico.

No hace mucho leíamos la vida de aquel grotesco mestizo boliviano que fué el general Melgarejo y lo comparábamos con la figura, verdaderamente dramática, de Rosas, el tirano de la Argentina, el que mereció que el gran Sarmiento le inmortalizara en su «Facundo» y aquellos encendidos apóstrofes que le dirigió el poeta Marmol, el autor de «Amalia». Rosas fué para Sarmiento algo así como lo que Satanás había sido para Milton. Y Rosas, aunque uno execra sus crímenes, honra a un pueblo. Que hay criminales que los honran.

¡Aquí! Apenas ver cuando se quiere hacer un héroe, acaso futuro dictador, de un pelicularo cualquiera, de un señorito frívolo—militar o paisano—de esos de juega y chacota, de uno de esos a quienes en la tierra de Rosas llaman un compadrito. Y da la medida de la falta de espíritu de nuestra clase conservadora, aterrada y entontecida, cómo jalea y exalta a cualquier badulaque que toma los gestos por actos y que no teniendo nada en la cabeza, tampoco puede tener nada en el corazón.

Hemos presenciado la degradación moral y estética—la una va con la otra—de un pueblo que ha exaltado a la dignidad—relativa, pero dignidad al fin—de cacique a un pobre majadero lleno de vacuidad. Porque se puede estar lleno de vacío y ser hueco por dentro y por fuera. Hemos presenciado la degradación moral y estética de un pueblo que temblaba cada

vez que el viento agitaba los brazos de un espantapájaros. Y esto se repite en nuestra España hoy.

Hombres, no que han fracasado lo que los políticos llaman fracasar, sino que se han puesto en ridículo de una manera bochornosa, los hemos vuelto a ver encargados de gravísimas misiones públicas. Es más, hombres que están pidiendo la casa de salud y el loquero—si es que no la camisa de fuerza—hemos visto que eran enviados a meter en razón a otros.

Por algo se ha dicho que vivimos en el reinado de la frivolidad. Que es lo mismo que la fatalidad. En el reinado de la frívola fatalidad o de la fatal frivolidad. Ni por casualidad aparece el hombre de mano dura, pero serio, y hasta si se quiere tétrico, el hombre de dignidad trágica. Representan la causa del orden irremediables hitarates. Que alguna vez llegan a tener gracejo; pero humor, jamás. Porque el humor supone sutil inteligencia.

Y esos hombres de... acción—es decir, de ademán, ni siquiera de gesto—suelen, por desgracia, no ser mudos. Y cuando abren la boca, ¡santo Dios, qué no cosas dicen!

Si muchas veces deseamos que esto de una vez estalle y vengan o esa revolución o esa dictadura que se nos pronostica, es por ver si al fin se ponen a empujarnos los más violentos de una lado o de otro, si surgen un pequeño Marat o un pequeño Napoleón—el primero, claro está—y se hundan en la sombra, en su propio nativo elemento, esos fantasmas de película que están gesticulando y diciendo, cuando hablan, discos de fonógrafo gastado; esos ridículos señoritos que van y vienen oyañados por lo más rebafiego del rebafío.

Venga algo que tenga grandeza, en una dirección o en la otra, algo que sea de verdad historia, y salgamos de esta gacotillesca pesadilla. Que se oiga de una vez rugir en medio de tanto ladrido. Y hasta cuando se oye aullar es a algún gozquecillo al que le han pisado el rabo. Parece haberselo agotado el estilo grande.

«No; no se debe hacer el ridículo»—nos decía cierto hombre público a quien le excitábamos a dar voces de tragedia. Y es que en medio del sainete es el personaje trágico el que más hace reír, el que resulta más cómico.

El problema de Marruecos y el problema de Barcelona, que son un solo y mismo problema, necesitan ser planteados estéticamente. Un Gobierno avisado les destinaria a ciertos próceres a impresionar películas y fonógrafos y desnudaría a todos los espantapájaros. Pero... Pero el Gobierno al servicio de la frívola fatalidad, de la fatal frivolidad, no puede hacer eso.

«¡Cuánta farsa!»—se dice—. Pero si como farsa fuera artística... Si los farsantes fuesen aprovechables por un Aristófanes... Si tuviésemos un demagogo Oleón... Pero ¿quién? ¡Ni farsa!

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES